





ANTONIO  

---

y  

---

CLEOPATRA





ANTONIO  
y  
CLEOPATRA  
ADRIAN GOLDSWORTHY

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Goldsworthy, Adrian

Antonio y Cleopatra. - 1a ed. - Buenos Aires : El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2013.  
512 p. ; 24x16 cm.

Traducido por: Paloma Gil Quindós

ISBN 978-950-02-0725-6

1. Biografías. I. Paloma Gil Quindós, trad. II. Título  
CDD 920.7

Antonio y Cleopatra

Título original: *Antony and Cleopatra*, publicado originalmente en Gran Bretaña por Weidenfeld & Nicolson, una división de Orion

© Adrian Goldsworthy, 2010

© De la traducción: Paloma Gil Quindós, 2011

© La Esfera de los Libros, S. L., 2011

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina, el Caribe y EE. UU.

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros – España

© 2013, Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición en España: septiembre de 2011

1ª edición en Argentina: junio de 2013

ISBN 978-950-02-0725-6

Impreso en Verlap S.A.,

Comandante Spurr 653, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en junio de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

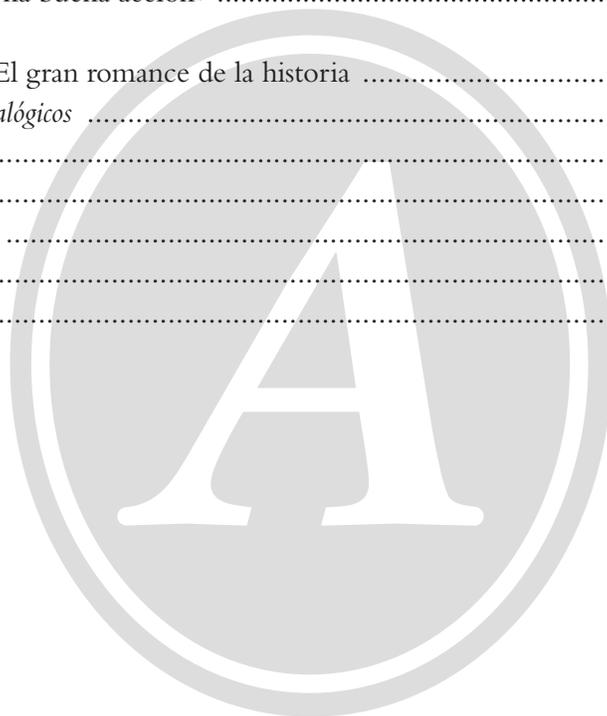
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por la leyes 11.723 y 25.446.

## ÍNDICE

<i>Lista de mapas y planos</i> .....	9
<i>Agradecimientos</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	13
I. Las dos tierras .....	27
II. «La Loba»: la República de Roma .....	39
III. Los Ptolomeos .....	51
IV. El orador, el manirroto y los piratas .....	67
V. El oboísta .....	81
VI. Adolescente .....	97
VII. El retorno del rey .....	113
VIII. Candidato .....	123
IX. «Los Nuevos Dioses que aman a los hermanos» .....	135
X. Tribuno .....	149
XI. Reina .....	163
XII. Guerra civil .....	173
XIII. César .....	189
XIV. Jefe de caballería .....	205
XV. No rey, sino César .....	215
XVI. Cónsul .....	229
XVII. «Uno de tres» .....	243
XVIII. Diosa .....	261
XIX. Venganza .....	273
XX. Dioniso y Afrodita .....	289
XXI. Crisis .....	301

XXII. Invasión .....	313
XXIII. «La que ama a la patria» .....	325
XXIV. «Tiemblan la India y Asia»: la gran expedición .....	337
XXV. Reina de reyes .....	355
XXVI. «¿Es mi esposa?» .....	369
XXVII. Guerra .....	383
XXVIII. Accio .....	391
XXIX. «Una buena acción» .....	407
<i>Conclusión. El gran romance de la historia</i> .....	423
<i>Árboles genealógicos</i> .....	435
<i>Cronología</i> .....	439
<i>Glosario</i> .....	449
<i>Abreviaturas</i> .....	457
<i>Notas</i> .....	459
<i>Bibliografía</i> .....	503



## LISTA DE MAPAS Y PLANOS

1. El mundo helenístico en el año 185 a.C. ....	59
2. El Imperio romano en el siglo I a.C. ....	73
3. El Egipto ptolemaico .....	87
4. El centro de Roma .....	101
5. Judea .....	118
6. Alejandría .....	139
7. La campaña italiana del año 49 a.C. ....	158
8. La batalla de Farsalia, primera fase .....	184
9. La batalla de Farsalia, segunda fase .....	185
10. Italia .....	247
11. La batalla de Foro Gallorum .....	251
12. Grecia y Macedonia .....	284
13. Las batallas de Filipos .....	284
14. La expedición de Antonio contra los partos .....	343
15. Las Donaciones de Alejandría .....	367
16. La batalla de Accio .....	400



## AGRADECIMIENTOS

Como todos mis libros, éste es mucho mejor gracias a la generosidad de mis amigos y de mi familia, que han dedicado su tiempo a leer los borradores del manuscrito y a escuchar mis ideas según iban surgiendo. Todos han contribuido a mejorarlo mucho y me han hecho más grato escribirlo. Son demasiados para nombrar a todos, pero debo una mención especial a Ian Hughes y a Philip Matyszak, que quitaron tiempo a su propio trabajo para comentar mis capítulos de *Antonio y Cleopatra*. Kevin Powell también leyó el texto entero, y sus comentarios y críticas fueron muchos y muy valiosos. De los que tuvieron la paciencia de hablar largo rato de las diversas ideas, he de distinguir a Dorothy King con especial agradecimiento: sus conocimientos y sus ánimos siempre han sido de gran ayuda para mí y, además, ¡me dio perlas para los experimentos en los que, con toda modestia, intenté replicar la famosa apuesta que Cleopatra ganó a Antonio!

Además, vuelvo a dar las gracias a mi editor Keith Lowe y a todo el personal de Orion, así como a Ilene Smith y al equipo de Yale University Press, por llevar el libro a buen puerto hasta la fase de producción y por hacerlo tan bien. Por último, doy las gracias a mi agente, Georgina Capel, por organizarlo todo una vez más para que yo haya dispuesto del tiempo y la ocasión de hacer justicia al tema de este libro.



## INTRODUCCIÓN

Antonio y Cleopatra son famosos: sus nombres, junto a sólo unos pocos como César, Alejandro Magno, Nerón, Platón y Aristóteles, siguen siendo conocidos por todos más de dos mil años después de sus espectaculares suicidios. Cleopatra es la única mujer de la lista, lo que por sí solo ya encierra interés y da fe de su perdurable fascinación; pero a Antonio y Cleopatra casi siempre se los recuerda como una pareja de amantes, quizá la más famosa de la historia. La obra de Shakespeare contribuyó a convertirlos además en personajes de ficción, y así fue como su historia vino a sumarse a la de otros romances apasionados y condenados al fracaso, tan trágica como el último acto de *Romeo y Julieta*. No es de extrañar que haya sido recreada una y otra vez, tanto en letra impresa como en los escenarios y, más recientemente, en la gran pantalla; dada la acusada veta teatral de ambos, esta fama imperecedera sin duda les habría gustado, pero como ninguno de los dos tendía a la modestia, probablemente no les extrañaría o les parecería menor de la que por méritos les corresponde.

La historia es intensa y dramática, y yo no recuerdo ninguna época en que no haya oído hablar de Antonio y Cleopatra. De niño, descubrí con mi hermano una cajita llena de monedas que nuestro abuelo, fallecido mucho antes de que nacióramos, había coleccionado. Un amigo de la familia distinguió entre ellas una moneda romana, y resultó ser un denario de plata de los que Marco Antonio acuñó para pagar el servicio de sus soldados en una campaña del año 31 a.C. financiada en parte por Cleopatra. A mí ya me atraía el mundo antiguo, y aquel descubrimiento redobló mi interés por todo lo romano. Me pareció una vinculación no

sólo con mi abuelo, sino también con Marco Antonio el triunviro, cuyo nombre rodea la imagen del barco de guerra en el anverso de la moneda. No sabemos dónde consiguió nuestro abuelo esta moneda ni las demás: una mezcla muy variopinta, con varias de la Edad Media. Puede que las encontrara en Egipto, donde luchó con la Artillería Real en la primera guerra mundial; a nosotros, cómo no, nos gusta pensar que fue así.

Así pues, en cierto modo Antonio y Cleopatra siempre han ocupado un lugar especial en mi interés por la historia antigua, aunque el deseo de escribir sobre ellos es bastante reciente. Tanto se ha escrito, sobre todo de la reina, que no parecía probable que quedara mucho que valiera la pena añadir. Más adelante, hace unos años, cumplí una antigua ambición al escribir *César. La biografía definitiva*, que supuso entre otras cosas ahondar mucho más en la aventura amorosa que tuvo con Cleopatra y en su nexo político con Antonio. Parte de lo que descubrí me sorprendió y además me topé con grandes diferencias respecto a la idea más extendida de su historia —aunque esto era más previsible—. Me sirvió de mucho contemplar la trayectoria de César con una cronología clara y precisa y subrayando el elemento humano en su proceder y en el de sus aliados y adversarios, y enseguida vi con claridad que ese mismo planteamiento podría aplicarse a esclarecer casi todos los demás aspectos de aquel periodo.

A pesar de su inmensa fama, Antonio y Cleopatra han recibido poca atención en los estudios históricos sobre el siglo 1 a.C.: enzarzados en una lucha de poder de la que salieron derrotados, en realidad tuvieron poca repercusión en los acontecimientos posteriores. Hace ya mucho que la historia académica es muy remisa a centrarse en figuras individuales, por carismáticas que sean, para en cambio buscar las tendencias subyacentes «más profundas» que explican los hechos. De estudiante asistí a cursos sobre la caída de la República de Roma y la creación del Principado, y más tarde, siendo ya profesor, yo mismo preparé e impartí cursos parecidos. Cuando se trata de enseñar y estudiar, las horas dedicadas siempre son pocas, y al final lo lógico es que César y su dictadura acaparen la atención y que, después, dando un salto en el tiempo, se analice la figura de Octavio Augusto y la creación del régimen imperial; por eso el periodo comprendido entre los años 44 y 31 a.C., cuando el poder de

Antonio creció hasta llegar a su punto culminante, casi nunca recibe tanta atención. Por otro lado, el Egipto ptolemaico suele ser un campo de estudio especializado; pero incluso cuando se incluye en un curso, el gobierno de su última reina —poco documentado, y para colmo acaecido en los días postreros de un largo declive— prácticamente nunca se aborda con detenimiento. La fama de Cleopatra atrae a los alumnos, pero los cursos se estructuran, con toda la razón y casi de manera inconsciente, destacando asuntos más «serios» y rehuendo las personalidades.

Antonio y Cleopatra no cambiaron el mundo profundamente, al contrario que César y, todavía más, Augusto. Según un escritor de la Antigüedad, las campañas de César llevaron a un millón de personas a la muerte y a otras tantas a la esclavitud. Fuera cual fuera el detonante, César tomó Roma por la fuerza con su ejército, llegó al poder supremo mediante una guerra civil y suplantó a los dirigentes de la República, elegidos democráticamente. En su descargo, hay que decir que su clemencia fue notoria. Además, a lo largo de toda su trayectoria defendió la reforma social, y no sólo ayudó a los sectores desfavorecidos de Roma, sino que también quiso proteger los derechos de los pueblos de las provincias. Aunque se proclamó dictador, su gobierno fue por lo general benevolente y sus medidas abordaron con sensatez problemas largo tiempo relegados. El camino al poder de su hijo adoptivo Augusto fue considerablemente más cruento: la clemencia fue sustituida por la venganza. Augusto llegó al poder tras una guerra civil, y lo mantuvo por la fuerza; pero, no obstante, también él gobernó bien. La independencia política del Senado prácticamente se extinguió y las elecciones populares perdieron su relevancia, pero al mismo tiempo Augusto dio a Roma la paz que no había conocido durante casi un siglo de violencia política y creó un régimen del que salió beneficiado un sector de la sociedad mucho más amplio que en la precedente República.<sup>1</sup>

Antonio y Cleopatra mostraron igual disposición para la brutalidad y la saña, pero los perdedores de una guerra civil no tienen ocasión de intervenir para moldear el futuro. Aparte de esto, no hay el menor asomo de que Antonio defendiera ninguna creencia o causa por mucho tiempo, ni indicios de que luchara por destacarse con otro fin que no fuera su propia gloria y beneficio. Hay quienes quieren ver en Cleopatra una reina muy comprometida con la prosperidad y el bienestar de sus súbditos, pero esto

es en gran medida ilusorio: no hay pruebas fehacientes que insinúen más inquietudes que el asegurarse que un flujo constante de impuestos llegara directamente a sus manos para afianzarse en el poder. Sólo estuvo segura del trono durante un breve periodo de su reinado, al frente de un reino que dependía totalmente de la voluntad de Roma; no parece muy razonable pensar que nunca hubiera hecho más de lo que hizo.

Julio César alcanzó la gloria. También mostró gran talento en terrenos muy diversos, y es fácil que incluso quienes rechazan su persona y sus actos admiren sus aptitudes. Más difícil aún es simpatizar con la figura de Augusto, sobre todo de joven, pero nadie dejará de reconocer sus dotes políticas, ciertamente notables: tanto César como su hijo adoptivo fueron muy perspicaces, aunque de caracteres distintos. Marco Antonio no poseía ni rastro de su sutileza, y tampoco demostró gran inteligencia; cae simpático en proporción directa a la repulsa que se sienta hacia Octavio Augusto, pero en él hay poco que admirar. Sin embargo, los retratos de ficción han reforzado la propaganda de la década de los años treinta a.C., confrontando a Antonio, el fanfarrón, apasionado y simplón soldado, con Octavio, el político de sangre fría, cobarde e intrigante; ninguno de estos retratos es fiel a la verdad, pero todos siguen moldeando las explicaciones de nuestro tiempo, incluso las académicas.

Cleopatra era culta y despierta. Sin embargo, a diferencia de César y Augusto, su inteligencia sigue siendo inasible, y es muy difícil saber cómo pensaba o evaluar ecuánimemente su intelecto. Es propio de la biografía que el autor acabe adoptando una actitud muy emocional hacia su objeto de estudio tras varios años dedicado a él: casi todos los autores modernos que abordan la figura de Cleopatra quieren admirarla, y muchos quieren que les guste; en parte es una sana reacción a la feroz hostilidad de las fuentes adeptas a Augusto, y su sexo también influye mucho, puesto que, como observamos al principio, es raro poder estudiar en profundidad a una mujer del mundo grecorromano. Lo novedoso despierta simpatía por sí mismo, y en muchos casos se ve reforzada por el rechazo hacia Augusto, que a su vez suscita aprecio por Antonio; esta simpatía no tiene por qué ser un problema, salvo que lleve a distorsionar las pruebas e idealizar a la reina. Sencillamente, hay muchas cosas que no sabemos de Antonio y de Cleopatra —y ya que estamos, de casi todas las demás figuras de su época—; pero los huecos no deben llenarse con afirmaciones

basadas en la idea que el estudioso se haya hecho de cómo debió de ser Cleopatra.

Al acabar *César*, noté que necesitaba descansar un poco del siglo I a.C. para contemplar el declive y la caída del Imperio romano de Occidente; entre otras cosas, porque a mi entender ningún libro sobre ese periodo explicaba los acontecimientos de forma satisfactoria. Esa misma impresión de que no había nada verdaderamente fiel a la historia de Antonio y Cleopatra me convenció también de que este libro habría de ser el siguiente.

Para tener auténtico valor, el estudio de la historia ha de buscar la verdad, aunque hayamos de admitir que la verdad plena es inaprensible incluso cuando se trata de acontecimientos relativamente recientes. En el estudio del pasado antiguo topamos inevitablemente con muchas más lagunas en las fuentes disponibles, aparte de lo difícil que es comprender las acciones de gente de culturas muy distintas a la nuestra; pero que el logro absoluto sea imposible no resta mérito al intento de alcanzarlo, y aunque no cabe esperar que ningún historiador sea totalmente objetivo, esa aspiración sigue siendo fundamental. Si perseguimos siempre la verdad en la historia, se ajuste o no a nuestras preconcepciones o a lo que nos gustaría creer, estaremos mucho mejor situados para hallar la verdad también en nuestros días y en nuestra época.

Este ensayo es un intento de contar de la forma más objetiva y desapasionada que pueda la historia de Antonio y Cleopatra: una historia que ya contiene suficiente pasión sin necesidad de que el autor añada más de su propia cosecha. Otro de mis objetivos es revelar en la medida de lo posible los hechos ciertos, dejando claro lo que se desconoce y haciendo que la pareja y sus contemporáneos cobren vida como seres humanos de carne y hueso. Llegar a los hechos no es ni de lejos tan fácil como pueda parecer, pues hasta los historiadores más serios muchas veces creen ver más cosas, otras cosas, al contemplar estas dos vidas tan extraordinarias.

## EL PROBLEMA

El problema comienza ya con la pregunta de qué era Cleopatra: Cleopatra era reina de Egipto, y el antiguo Egipto fascina al mundo moderno

desde hace siglos. Al principio este interés se basaba sobre todo en el deseo de conocer mejor el Antiguo Testamento, pero enseguida se amplió para abarcar mucho más. Egipto se considera la civilización más antigua. Sus monumentos figuran entre los más espectaculares: algunos, como las pirámides, la esfinge y los grandes templos, son sobrecogedores por sus colosales dimensiones; otros son más intimistas, como los cuerpos embalsamados de animales y personas y los objetos cotidianos de los muertos depositados en sus tumbas. Todo el mundo conoce la fastuosa máscara mortuoria de Tutankamón, evocadora de imágenes de misterio antiguo y riquezas inconmensurables; todo el mundo reconoce también los jeroglíficos egipcios, la mezcla de símbolos e imágenes y la extraña pose plana en el andar de las figuras humanas representadas en las pinturas y los relieves murales: son conmovedoras y enigmáticas al mismo tiempo.

Esas imágenes han sido a todas luces irresistibles para el cine, que ha retratado a Cleopatra repetidas veces. Su palacio, su corte y hasta su ropa, siempre se inspiran más en una estilización del Reino Nuevo de Egipto que en la realidad del siglo I a.C. Aunque equivalga a presentar a Isabel I como la reina Boudica de los icenos, tiene no obstante la virtud dramática de lograr un fuerte contraste entre Egipto y Roma y entre Cleopatra y los romanos que tanto peso tuvieron en su historia, y también de hacerlos visualmente distinguibles. La Cleopatra ficticia ha de ser exótica, de ahí el gran efecto de las imágenes de un Egipto que era antiguo hasta para ella.

A lo exótico se agrega casi siempre un intenso erotismo. Cleopatra se ha erigido en una de las *femmes fatales* por antonomasia, la mujer que sedujo a los dos hombres más poderosos de su época: bella, sensual, casi irresistible y sin escrúpulos, distrajo a Julio César y quizá le llenó la cabeza de sueños de una soberanía oriental; después subyugó a Antonio y lo condujo al fracaso. En esa Cleopatra puede verse una amenaza —la última gran amenaza— a la *pax romana* que Augusto llevó más tarde al mundo romano. Las modas cambian: los imperios han dejado de ser admirables y el régimen de Augusto se contempla con más desapego; hoy muchos cuentan la historia de otro modo, y la aviesa seductora de ayer es ahora una mujer fuerte e independiente que intentó favorecer a su país lo mejor que pudo.

Por más que hablar de Antonio y Cleopatra suene natural gracias al título de la obra de Shakespeare, la gracia y la elegancia asociada a la reina

fácilmente eclipsa a su amante. Ella ya había tenido amoríos con César: la escena en que se presenta ante él escondida en una alfombra enrollada es una de sus imágenes más conocidas, aunque no concuerde del todo con la fuente histórica. César fue el primero, y la historia ha relegado a Marco Antonio a un segundo plano y al papel de lugarteniente de César: «un buen segundo comandante» o «seguidor más que líder» son veredictos recibidos muchas veces por Antonio en lo político y también en lo militar. Su imagen es además la de quien tenía que ganar pero perdió, y esto de nuevo abona la idea de un carácter fallido, de talento sin genio: hay quien culpa a Cleopatra de desarmar al duro soldado romano, tradición cimentada por su biógrafo de la Antigüedad, Plutarco; para otros, Antonio sencillamente no supo estar a la altura de las ambiciones de la reina. Se ha llegado a decir que Cleopatra fue «una personalidad con un carisma de primer orden, líder nata y una reina de ambición vertiginosa que mereció algo mejor que suicidarse con ese ignominioso asno romano, poco serio y dado al exceso, con su cuello de toro, sus hercúleas vulgaridades y sus obtusos arrebatos de introspección».<sup>2</sup>

Cleopatra suele desatar reacciones emocionales. Además, el mito y el romance rodean a Antonio y a Cleopatra haciendo esquiva la verdad. En vida se afanaron por labrarse una imagen pública: enérgicos dirigentes, casi dioses, vitalistas y amantes del lujo. Al mismo tiempo, sus adversarios políticos intentaban denostarlos: el orador Cicerón dirigió contra Antonio sus *Filípicas*, que más o menos son el asesinato de una reputación más efectivo de todos los tiempos. Octavio, hijo adoptivo de César —que llegó a ser el primer emperador de Roma y tomó el nombre de Augusto— derrotó a Antonio y a Cleopatra con mucha más rotundidad. Ellos murieron y él sobrevivió para ejercer el poder supremo durante más de cuarenta años, por lo que tuvo tiempo de sobra para dar forma al registro histórico y acomodarlo bien a su nuevo régimen; su gran animadversión hacia Antonio y hacia Cleopatra influyó en las fuentes más completas que tenemos sobre sus vidas, todas escritas bajo el gobierno del triunfador Augusto.

Cleopatra sigue atrayendo a muchos biógrafos, y algunas de sus biografías también se detienen en la vida de Antonio; pero siguen siendo raras las biografías dedicadas exclusivamente a él, que ahora suele verse como un apéndice en la vida de su amante. Quien estudie la época enseña a distinguir los problemas que causa la propaganda de Augusto; a

menudo es difícil saber si un incidente sucedió realmente, y tentador desechar toda anécdota negativa, pero para su desgracia, hay incidentes bien atestiguados en los que tanto Antonio como Cleopatra actuaron de una forma que parece irracional o, en el mejor de los casos, políticamente insensata.<sup>3</sup>

Es difícil que el joven Octavio guste a alguien: carente de escrúpulos, podía ser cruel y, en ocasiones, un cobarde. El Principado, sistema por el que los emperadores gobernaron Roma durante los dos siglos y medio siguientes, fue creación suya, y la opinión sobre este sistema suele ser determinante en la visión que se tiene de Antonio y Cleopatra: los que admiran el régimen de Augusto perdonarán la brutalidad de su camino al poder y considerarán que estos enemigos retrasaron —e incluso pusieron en peligro— el gran legado de Roma al mundo; los detractores de Octavio los elogiarán por oponerse a un tirano en extremo repulsivo, y algunos dirán que la pareja ofrecía una alternativa mucho mejor, aunque casi nunca puedan concretar demasiado cuál era o en qué consistía.<sup>4</sup>

Cleopatra fue una mujer fuerte e independiente en un mundo, el antiguo, dominado por hombres. Como reina, ostentó el poder por derecho propio, a diferencia de las mujeres romanas, cuya máxima posibilidad de influir provenía de su condición de esposas o madres de los grandes hombres; esta diferencia resulta muy atractiva para la mayoría de los autores modernos y propicia un tratamiento generoso. Aunque las crónicas serias de la vida de Cleopatra no se dejan llevar por esto hasta el elogio, la simpatía hacia la reina se mezcla con gran facilidad con la fascinación de sus retratos en la ficción y distorsiona nuestra visión de su época. Hay dos verdades muy básicas sobre ella, y chocan tanto con la leyenda que hace falta un empeño consciente y tenaz para mantenerlas.

La primera suele al menos advertirse: todos los biógrafos recientes empiezan por señalar que Cleopatra era griega, y no egipcia; el griego fue su primer idioma, y se formó en la literatura y la cultura griegas. Aunque representada en los templos egipcios y en alguna escultura con el tocado y los ropajes tradicionales de las esposas de los faraones, es improbable que realmente los usara alguna vez, salvo quizá con ocasión de ciertos ritos: ella usaba los ropajes y el tocado de la monarquía griega. Cleopatra se proclamó la «Nueva Isis», pero su adoración a la diosa delataba una versión muy helenizada del culto: tanto por cultura como desde

el punto de vista étnico, Cleopatra era tan egipcia como apaches son hoy la mayoría de los habitantes de Arizona.

Señalar que Cleopatra fue ante todo griega es una cosa; mucho más difícil es resistirse al reclamo del Egipto verdaderamente antiguo, ya sea el de la imaginación popular o el real. Egipto es exótico, y para los occidentales, es también claramente oriental. En el pasado, la sensual Cleopatra egipcia podía ser una amenaza seductora, casi irresistible, a la severa virtud romana y al avance del imperio y la civilización de Roma. Aun siendo griega, representaba la cultura helénica, que se había degradado al contacto con la decadencia oriental. Estas visiones pasaron de moda hace mucho, y el péndulo ha oscilado mucho hacia el otro extremo: ahora los imperios se consideran perniciosos, brutalmente expansionistas y explotadores por definición, y la propia cultura europea es mirada hoy con malos ojos por muchos occidentales. Así, es frecuente que se resalte la barbarie del ascenso de Roma hasta el imperio y se admire la oposición de Cleopatra a tal embestida. Con todo, a veces se reconoce que era griega; pero como el atractivo de Oriente tira mucho, es más frecuente que acabe por convertirse en su representante una vez más.

A esto contribuye la tradición de separar el periodo que siguió a la subida al poder de Filipo II y su hijo Alejandro Magno de la historia griega precedente. En el siglo XIX, a este periodo se le puso el nombre de helenístico: no griego ni helénico, sino «al estilo griego». Las ciudades estado habían dominado la Grecia clásica; las más grandes, Atenas y Esparta. El arte, la literatura y la filosofía que produjo Atenas han ejercido una profunda influencia en el mundo hasta nuestros días: Esparta alcanzó la fama por la formidable destreza de sus soldados, a costa de crear una sociedad particularmente repulsiva; Atenas, que llevó la idea de la democracia más lejos que ningún otro estado de la Antigüedad, fue excepcionalmente belicosa y cruenta en su política exterior.<sup>5</sup>

Al final la promesa de esta democracia se desvaneció, lo mismo que el poder de Atenas. Volvieron a aparecer reyes y también tiranos, mientras las ciudades que conservaban vestigios de democracia restringieron el electorado a sectores aún más reducidos de la sociedad. En el siglo III a.C., los reyes de Macedonia dominaban toda Grecia, y en ese clima político que era ya otro, la chispa de la cultura pareció apagarse. A ojos modernos

—e incluso para muchos de la época—, el teatro y la literatura ya no volvieron a igualar las cotas alcanzadas en el pasado.

La actitud de los historiadores ha cambiado, y hoy muchos pondrían en duda la supuesta inferioridad del periodo helenístico, al menos en lo tocante a la política y la sociedad; pero se sigue empleando el término, aunque sólo sea por comodidad. También pervive la tradición de fechar el final de este periodo con la muerte de Cleopatra, que la convierte en el colofón de una era iniciada con Alejandro y sus conquistas: esta ligazón está presente en las mejores biografías modernas, pero a menudo convive con la visión romántica de un pasado egipcio mucho más antiguo. La condición de egiptólogos de algunos de sus biógrafos sólo ha conseguido ponerles más difícil ver en Cleopatra una mujer esencialmente griega; pero nos guste o no, ésa fue la realidad. Aunque su mundo ya no era el del siglo V a.C. ni el del auge del logro ateniense, pese a todo no dejaba de ser griega por los cuatro costados. Así pues, la gran pugna acaecida en vida de Cleopatra, si la hubo, no fue entre Oriente y Occidente, sino entre lo griego y lo romano.<sup>6</sup>

El segundo inconveniente en el estudio de Cleopatra lo pasan por alto todos sus biógrafos modernos que, sin excepción, lamentan que nuestras fuentes se centren casi exclusivamente en los amoríos de Cleopatra con César y Antonio: el resto de su vida, incluidos los años que pasó gobernando Egipto sola, apenas se menciona. Por desgracia, los papiros que nos dicen algo de los decretos oficiales y el funcionamiento de la administración, así como de los negocios y asuntos particulares, son muy raros para el siglo I a.C. en general, y para el reinado de Cleopatra en particular; son textos que se remontan en su inmensa mayoría a cuando su linaje gobernó Egipto en épocas muy anteriores. Hace relativamente poco se ha descubierto un papiro con un decreto de la reina, que termina con una sola palabra griega, probablemente escrita de su puño y letra: es muy interesante, pero apenas llega a ser un atisbo muy superficial de cómo funcionaba su gobierno; significativamente, es además una prebenda a un romano prominente.<sup>7</sup>

Todas las fuentes literarias fueron escritas por romanos o griegos que vivieron bajo el Imperio romano como poco un siglo después de la muerte de Cleopatra: buena parte de la información y las anécdotas personales proceden de Plutarco y su *Vida de Marco Antonio*, única biografía

sobre él escrita en el mundo antiguo que se conserva; de Cleopatra no nos ha llegado ninguna biografía antigua. Una queja se repite: no sólo es que sean los ganadores quienes cuentan la historia, sino que siempre se cuenta desde el punto de vista romano; a veces el hecho de que ese punto de vista romano sea masculino se enfatiza más aún.<sup>8</sup>

Hay una razón para que sea así: nos guste o no, en realidad Cleopatra no fue tan importante. Su mundo estaba totalmente sometido a Roma: su reino tuvo, como mucho, una independencia precaria. Fue reina y gobernó Egipto, rico y densamente poblado para los cánones de la Antigüedad; pero era un reino cliente de Roma y nunca llegó a ser totalmente independiente. Egipto era el mayor, y en muchos aspectos el más importante, de los aliados y subordinados de Roma, pero nunca dejó de estar supeditado a la República romana, y su poder ante ella era muy limitado. Cleopatra sólo llegó a reina porque un ejército romano restauró en el poder a su padre; e incluso después, habría sido asesinada o exiliada antes de rebasar apenas los veinte años de no haber sido por la intervención de César.

Si Cleopatra tuvo importancia más allá de las fronteras de Egipto fue sólo por sus amantes romanos. Los documentales televisivos y los libros de divulgación suelen repetir que los romanos únicamente temieron a dos personas: a Aníbal y a Cleopatra, pero también pasan por alto que esta generalización nació en la década de 1930; no descansa en ninguna prueba de la Antigüedad, y en realidad no se sostiene. Por más que la propaganda de Augusto demonizara a la reina, nadie se hubiera creído que tuvo tanto poder como para derribar a Roma; sólo que a Octavio le convenía más odiar a un enemigo foráneo y mujer que aceptar abiertamente que su gran guerra, y su posterior triunfo, fueron contra un distinguido romano. Cleopatra podía ser fascinante, pero el poder y la importancia de Antonio superaron con creces los suyos.<sup>9</sup>

Nada de esto resta un ápice de atractivo a Cleopatra. Hay que conocer la realidad del siglo I a.C. para llegar a comprenderla a ella; por muchas razones, ese conocimiento resalta aún más lo fulgurante que fue, por insospechada, su trayectoria. Sus logros fueron notables: no sólo sobrevivió y conservó el poder durante casi dos décadas, sino que además consiguió expandir su reino, que durante unos años fue casi tan extenso como en tiempos de sus más gloriosos antepasados. El hecho de que lo hiciera utilizando el poder romano en su propio beneficio no desluce la magni-

tud de lo que consiguió: dejar atrás el mito y la quimera es un paso fundamental para hallar la realidad de Cleopatra y su lugar en el mundo.

Igual de importante es conocer al senador romano Antonio, y no relegarlo sin más al papel secundario de lugarteniente de César y amante de Cleopatra. Vistas de cerca, muchas de las apreciaciones más repetidas sobre él no cuadran: Plutarco y otros lo pintaron ante todo como un militar, un soldado fanfarrón y burdo que cayó a causa de una mujer, pero es discutible hasta qué punto Antonio dejó nunca que Cleopatra decidiera su política. Por otro lado, está claro que, medido por el rasero romano, en realidad sirvió muy poco en el ejército, y la mayor parte de su experiencia militar fue en guerras civiles: no destacó como general, aunque a veces sí fue un jefe popular. Antonio tenía mucho de tradicional, lo que explica en gran medida su importancia y sus ambiciones. Por supuesto, su derrota ante Octavio no era inevitable; si la subida al poder de éste fue espectacular para alguien tan joven, la trayectoria del propio Antonio también debió mucho a la buena suerte y a las insólitas oportunidades que le brindó una República romana desgarrada por guerras civiles.

Para conocer a Antonio y a Cleopatra hay que situarlos en el contexto de su cultura y su época; pero este libro no puede cubrir su convulsa era en detalle, aunque siempre versa acerca de ellos, de dónde estaban y qué hacían. Los acontecimientos de otros lugares se tratan sucintamente, y sólo si es necesario para entender su historia. Por eso la trayectoria de César se aborda muy someramente, y sólo se profundiza en ella cuando afecta a Antonio y a Cleopatra. También la subida de Octavio al poder es extraordinaria y fascinante, pero no podemos ahondar en ella. Otras figuras notables, en especial Cicerón, Pompeyo y su hijo Sexto, se tocan aún con más brevedad; esto no refleja su importancia, sino que es una cuestión de encuadre.

La política ocupará un primer plano en esta historia porque Antonio y Cleopatra fueron ante todo animales políticos. También lo fue César, primer amante de la reina y padre de su primer hijo; y ninguno de ellos actuó nunca sin al menos cierto grado de cálculo político. Pese a diversas acusaciones de promiscuidad poco convincentes, las pruebas más sólidas indican que Cleopatra sólo tuvo dos amantes, y que ambos fueron los hombres más importantes de la República romana, cada uno en su momento. Nada de esto tiene por qué significar que no se produjera tam-

bién una atracción mutua, fuerte y sincera en ambos casos; de hecho, es difícil comprender esta historia de ninguna otra forma. Al estudiar cualquier periodo histórico, es esencial recordar que sus protagonistas fueron seres humanos de carne y hueso, muy semejantes a nosotros, por distintas que pudieran ser su época y su cultura. El romance tiene que estar presente porque fue real: una de las razones del perdurable hechizo de la relación de Antonio y Cleopatra es que todos sabemos de la fuerza de la pasión por nuestras propias vidas.

La historia de Antonio y Cleopatra es una historia de amor, pero también de política, guerra y ambición. Lo realmente acontecido fue intenso y dramático: de ahí su interés para novelistas, dramaturgos y guionistas de cine. Contemplar lo acaecido tal como lo conocemos, o como los hechos reales que probablemente fueron, no hace sino acentuar el dramatismo; igual que reconocer lo que ignoramos, pues muchos enigmas siguen siendo fascinantes. Acercarnos más a la verdad nos revela un episodio de la historia humana más extraordinario que cualquier ficción: puede que no sea la historia que esperábamos, o ni siquiera la que nos gustaría creer, pero es la historia de unas vidas vividas con intensidad en una época en la que el mundo experimentaba una profunda transformación.



# I

## LAS DOS TIERRAS

Egipto ya era antiguo mucho antes del nacimiento de Cleopatra en el año 69 a.C., casi cuatro siglos antes de que Heródoto —que escribió la primera historia en prosa en un idioma occidental— dijera a sus compatriotas griegos que había mucho que aprender de los egipcios sobre la religión y el saber propios. Como gran parte de su obra, la historia de Egipto debida a él es una peculiar y farragosa mezcla de fantasía y mito, salpicada aquí y allá de hechos reales. Los griegos tendían a idealizar Egipto como foco de la sabiduría antigua, a la vez que despreciaban a su pueblo por adorar animales sagrados y practicar la circuncisión; también les sobrecogían las increíbles dimensiones de las pirámides de Giza, que incluyeron entre sus «Siete Maravillas del Mundo».

Reparar en que la vida de Cleopatra transcurrió más próxima a nuestros días que a la época en que las grandes pirámides fueron construidas da mucho que pensar. La mayor pirámide de todas se erigió para el faraón Kufu, muerto en el 2528 a.C., unos veinticinco siglos antes de que la reina se quitara la vida: la misma distancia temporal que hoy nos separa del propio Heródoto, de las invasiones persas de Grecia y de los primeros días de la República de Roma.

Kufu no fue el primer faraón, sino que perteneció a lo que se conoce como IV Dinastía. La organización de los gobernantes por dinastías fue obra de un sacerdote erudito al servicio del linaje de Cleopatra, cuyo sistema sigue aplicándose hoy en día casi tal y como él lo concibió. Hubo nada menos que treinta dinastías antes de que el linaje de Cleopatra llegara al poder a finales del siglo IV a.C. El primer faraón gobernó más o menos desde el 2920 a.C.: es difícil precisar tratándose de un periodo tan

temprano. Su reinado no fue el principio de la civilización en Egipto; ya mucho antes había colectividades organizadas que cultivaban la tierra a orillas del Nilo, y con el tiempo, de ellas surgieron dos reinos de gran envergadura que acabaron uniéndose. Los faraones eran los señores de las «dos tierras», el Alto y el Bajo Egipto, y la corona con que adornaban su cabeza simbolizaba esta unión. El Alto Egipto se extendía hacia el sur y tenía su capital en Tebas. El Bajo Egipto, al norte, llegaba hasta el litoral mediterráneo y su centro era Menfis (si esta disposición de alto y bajo nos extraña, es sólo porque estamos acostumbrados a los mapas y globos terrestres que representan el norte en la parte superior)<sup>1</sup>.

El Nilo hizo posible todo. Cada verano sus márgenes se inundaban y luego el agua volvía a retroceder, ciclo natural que no dejó de repetirse hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando se construyó la presa de Asuán. La crecida anual dejaba un rico depósito de oscuro limo aluvial, cuya humedad fertilizaba prodigiosamente la tierra. Todas las primeras civilizaciones se basaban en la producción de excedentes agrícolas, y si pudieron desarrollarse fue gracias a que los colectivos tienen más capacidad que los individuos para implantar sistemas de irrigación a gran escala. En Egipto, los problemas que planteaba comercializar y explotar la sobreabundancia que brindaba la crecida eran mayores, y eso fomentó la creación de una autoridad cada vez más centralizada.

La gente sólo vivía donde había agua. La población de Egipto era muy grande en relación a los baremos de la Antigüedad, pero la inmensa mayoría se concentraba en dos únicas zonas: al norte estaba el Delta, donde el río se dividía en multitud de canales antes de desembocar en el Mediterráneo, irrigando a su paso un ancho tramo de tierra; al sur del Delta estaba el Valle del Nilo, que se extendía hasta la primera catarata. La crecida, que nunca sobrepasaba cierta extensión, dio lugar a una franja de tierra densamente poblada de unos ochocientos kilómetros de longitud y a lo sumo una veintena de kilómetros de anchura: más allá, todo eran tierras desiertas; unos pocos pobladores subsistían en torno a los escasos oasis, pero prácticamente no había nada.<sup>2</sup>

El pueblo egipcio se consideraba el centro del mundo y de la verdadera civilización: más allá de sus fronteras, sólo había caos y pueblos bárbaros hostiles. Incluso dentro, el orden podía verse amenazado, ya que la magnitud de la crecida del Nilo era imprevisible. Demasiada agua podía

ser tan desastrosa como demasiado poca, y dar como resultado cosechas muy pobres: eran los años de abundancia y los años de hambre del sueño del faraón en el Génesis. Las amenazas sobrenaturales venían a sumarse a las naturales y a los enemigos humanos, pues la lucha entre el orden y el caos también se reflejaba en el mundo de las divinidades. Los faraones, situados entre los dioses y los hombres, se comunicaban con ambos; su papel era garantizar que el orden y la justicia —englobados en el término «Maat»— prevalecieran sobre el caos.<sup>3</sup>

También eran los soberanos de una nación rica y poderosa; pero había otras potencias en el mundo, y los conflictos no eran algo inusitado. Cuando Egipto estaba fuerte, los faraones extendían sus dominios hacia el sur siguiendo el curso del Nilo a expensas del reino de Meroe, o hacia el este hasta Siria y Palestina; otras veces el equilibrio de poder favorecía a sus vecinos y los faraones perdían terreno: en el segundo milenio a.C., el pueblo exterior de los hicsos invadió gran parte de su territorio y gobernó durante casi un siglo, hasta que una vez expulsado, se creó el Nuevo Reino. Egipto tampoco estuvo libre de rebeliones internas y guerras civiles; hubo veces que los dos reinos se dividieron y dinastías rivales gobernaron al mismo tiempo.

La cultura egipcia nunca fue del todo estática ni ajena al cambio, pero sí fue notablemente conservadora. Su núcleo estaba en el ciclo agrícola anual derivado de la crecida, y los métodos agrícolas apenas cambiaron nada en miles de años. Alrededor de este ciclo, y en todos los ámbitos de la vida, persistían los rituales y las creencias que aseguraban el orden de las estaciones, las buenas cosechas y la propia vida en todas sus facetas. En el exterior, el poder de los faraones aumentaba o disminuía según surgían o desaparecían otros imperios más o menos lejanos. En el último milenio a.C., asirios, babilonios y persas dominaron sucesivamente el Oriente Medio; Egipto también fue poderoso y controló considerables territorios de Asia en parte de ese periodo, pero luego su ímpetu declinó y durante más de un siglo, del año 525 al 404 a.C., los persas gobernaron el reino. Los egipcios acabaron rebelándose y los expulsaron, y los siguientes sesenta y un años los faraones volvieron a ser soberanos; pero el Imperio persa no había perdido su pujanza, y en el 343 a.C. conquistó de nuevo Egipto. Todo indica que esa ocupación fue especialmente brutal, y el resentimiento de los egipcios sin duda profundo.

Menos de una década después, el mundo sufrió un cambio drástico y repentino con la irrupción de Alejandro Magno: Persia cayó y todos sus territorios quedaron bajo el control del nuevo conquistador.

## EL REY DE MACEDONIA

Sería difícil exagerar el impacto de Alejandro. Impacto es la palabra precisa, porque hubo algo intensamente físico en su trayectoria, y nunca debe perderse de vista la gran velocidad y la tremenda magnitud de lo que acometió. Alejandro no había cumplido treinta y tres años cuando murió en Babilonia el 10 de junio del 323 a.C., y llevaba siendo rey exactamente doce años y medio. Su padre, Filipo II, le había legado una Macedonia fuerte internamente, que contaba con un ejército soberbio y ya dominaba Grecia. Los preparativos para la expedición contra Persia también venían de antes; y aunque heredó la idea de su padre, fueron su propia energía infatigable y su insaciable sed de sobresalir las que impulsaron las guerras que siguieron.

Alejandro y sus soldados marcharon o cabalgaron más de treinta mil kilómetros; a los cinco años, el rey persa había muerto y la ciudad donde tenía su corte había quedado reducida a cenizas. Se convertía entonces en la cabeza visible del imperio más grande del mundo conocido, pero no vio motivos para detenerse. Siguió avanzando hacia el este y llegó a controlar todo el territorio que se extiende desde los Balcanes hasta el actual Pakistán. Se dice que Julio César, a los treinta años, lloró frente a un busto de Alejandro, sintiendo que su propia vida era insignificante en comparación con la de él.<sup>4</sup>

Alejandro salió de Macedonia en el año 334 a.C. para no volver, y lo mismo les sucedió a muchos de los macedonios y griegos que le acompañaron; es imposible saber cuál era su aspiración última, cabe la posibilidad de que aún no hubiera decidido cómo quería que funcionara el nuevo imperio. Alejandro era artero, sutil, cruel, suspicaz, a veces espantosamente violento y otras benévolo y generoso. Su ejército era potente, pero demasiado pequeño para mantener unido el imperio por la fuerza. En numerosos lugares fundó ciudades que poblaron colonos —muchos de ellos soldados veteranos—, que siempre constituían una reducida minoría de la

población total. Con sus conquistas, el idioma y la cultura griegos se extendieron mucho más; pero eso sí, fue una expansión superficial.

El imperio de Alejandro era demasiado extenso para ser gobernado como si se tratara sólo de un grupo de provincias de Macedonia: con el tiempo, fue sirviéndose progresivamente de más persas como gobernadores y administradores —si eran nobles—, y también como soldados. Como no había suficientes macedonios y griegos con las aptitudes lingüísticas y la experiencia que hacían falta para cubrir todos los puestos, era mucho más práctico incorporar a hombres del lugar, y esto además tenía la gran ventaja de que se hacía a los nuevos súbditos partícipes en el imperio. Las pautas tradicionales macedónicas de la ceremonia de la corte y el papel del rey fueron transformándose hacia una monarquía híbrida con rasgos persas y también innovaciones. Alejandro hizo suyos honores y símbolos que, como poco, eran semidivinos, y parece posible que quisiera ir aún más lejos y llegar a ser venerado como un dios viviente; pero de nuevo hay que recordar el factor tiempo: en poco más de una década, había ya muy pocas posibilidades de que el nuevo régimen pudiera asentarse en ninguno de sus aspectos.<sup>5</sup>

Los diversos territorios estaban todos vinculados directamente a Alejandro y no tenían ninguna otra relación entre sí, lo que quizá no habría importado de haber existido un heredero claro y plausible a su muerte. Nombraron rey a su hermanastro Arrideo, pese a que había salvado la vida únicamente porque lo tenían por retrasado mental. Además, Roxana, última esposa de Alejandro e hija de un noble bactriano (oriunda, por tanto, del actual Afganistán), estaba encinta en aquel momento; meses después, en el año 322, dio a luz un niño, Alejandro IV, al que seguidamente también nombraron rey. El imperio pasó así a tener un gobierno conjunto de dos monarcas; uno era un recién nacido y el otro estaba incapacitado, por lo que el poder real lo ejercieron los mandos del ejército y los altos funcionarios, casi todos en Babilonia durante aquellos meses.

El general Pérdicas fue nombrado regente; al parecer, Alejandro le entregó su sello en su lecho de muerte. Se nos cuenta también que en sus últimos momentos el conquistador había expresado el deseo de que su imperio recayera en «el más fuerte» y que «sus amigos más insignes celebraran unos grandiosos juegos funerarios en su memoria». Si de verdad pronunció estas palabras, tal vez reflejen añoranza de la era heroica —Ale-

jandro dormía con un ejemplar del poema épico de Homero *La Ilíada* bajo la almohada—, o quizá realismo respecto a lo inevitable; es bastante dudoso que hubiera podido mantener unido su imperio ya entonces, ni siquiera aunque hubiera designado a un heredero adulto.<sup>6</sup>

Al principio los demás cooperaron con Pérdicas, cada cual buscando sus propias bases de poder en medio del clima de creciente sospecha y temor que reinaba entre ellos. Los más importantes fueron nombrados sátrapas: gobernadores locales en teoría leales a los monarcas y al regente y bajo su mando. Ptolomeo, pariente lejano de Alejandro de poco más de cuarenta años, fue nombrado sátrapa de Egipto a petición propia. Pronto quedó claro que Pérdicas sólo podría controlar a los sátrapas por la fuerza; y estar con su ejército en todas partes a la vez era imposible. En el año 321 dirigió sus tropas contra Ptolomeo, pero la campaña acabó en desastre al no poder cruzar el Nilo: Pérdicas fue asesinado por sus oficiales, que ofrecieron el mando a Ptolomeo y, cuando él lo rechazó prudentemente, casi todo el ejército se retiró.

Aquel fue sólo un episodio de la larga e intrincada sucesión de guerras entre los generales de Alejandro, cuyas luchas por el poder personal desgajaron el imperio. Ptolomeo fue uno de los más cautos, no arriesgándose nunca a perder lo que ya controlaba. Los «juegos funerarios» se prolongaron durante casi cincuenta años, y casi todos sus protagonistas murieron violentamente: Arrideo fue asesinado en el 317 a.C., y Alejandro IV y su madre en el 311 a.C.; nadie los reemplazó, y en ningún momento ninguno de los generales tuvo ni la más mínima posibilidad de volver a unir todo el imperio bajo un control único. Cualquier ocasión que tuviera alguno de ellos de hacerse con la supremacía en solitario llevaba invariablemente a todos los demás a aparcar sus diferencias y unir fuerzas en su contra; pero los sátrapas siguieron varios años declarándose gobernadores al servicio de monarcas que ya no existían: en Babilonia y Egipto llegaron a fecharse documentos oficiales en los años de un ficticio reinado de Alejandro IV, asesinado de niño.<sup>7</sup>

Ptolomeo y los demás sátrapas no dejaron de fingir hasta el año 305 o 304 a.C., cuando se proclamaron reyes. El linaje de Cleopatra iba a gobernar durante nueve generaciones el imperio que su antepasado creó luchando contra los demás generales de Alejandro. Ptolomeo era macedonio y Cleopatra fue la primera de su familia en hablar egipcio: tan

sólo uno de los nueve idiomas que dominaba, según se dice. Los Ptolomeos hablaban griego, y durante siglos en la corte fue un signo de distinción hablar su peculiar dialecto macedonio. Como veremos, estos reyes controlaron Egipto, pero no fueron reyes eminentemente egipcios. Sin embargo, Egipto siempre fue la más rica de sus posesiones y la última en caer.<sup>8</sup>

## LA CASA DE LAGOS

En Egipto ya había griegos mucho antes de Alejandro. Algunos habían llegado hasta allí como mercaderes, muchos más como mercenarios. Durante los últimos siglos del Egipto independiente, los faraones recurrieron continuamente a soldados profesionales extranjeros, de quienes se servían para combatir a los enemigos externos e internos. Esos soldados, que profesaban otras religiones, no siempre fueron bien recibidos entre los egipcios. Alejandro llegó a Egipto a finales del año 332 a.C. Aunque había ganado dos batallas contra los persas y había tomado Tiro y Gaza, la lucha contra Darío, el rey persa, estaba aún lejos de haberse zanjado. Los persas no defendieron Egipto, y parece que los egipcios, que nunca les profesaron amor, dieron la bienvenida a Alejandro viéndolo como un libertador; de todos modos, no estaban en condiciones de oponerle resistencia, pero es posible que su calorosa acogida cuando fue nombrado faraón fuera auténtica. Alejandro pasó varios meses en Egipto: demasiados meses según algunos, dada la situación estratégica, pues Darío tuvo tiempo para reagruparse.

El misterio rodea su larga marcha al desierto occidental para visitar el oasis de Siwa, donde estaba el templo de Amón, dios al que los griegos equiparaban a Zeus. El santuario era famoso por su oráculo, y la creencia de que el sacerdote «que hablaba por boca del dios» recibió al conquistador llamándolo hijo de Amón se extendió mucho; según una de las tradiciones, el sacerdote se había equivocado. Hay más acuerdo respecto a que Alejandro encargó el trazado de Alejandría y su construcción: no fue la única ciudad que fundó y llevó su nombre, pero acabó siendo la más importante con diferencia. Cleómenes, uno de los griegos radicados allí, fue nombrado gobernador cuando Alejandro dejó Egipto en la primavera del 331 a.C. para no regresar ya nunca en vida.<sup>9</sup>

El sátrapa Ptolomeo, poco después de llegar a Egipto, destituyó a Cleómenes y ordenó ejecutarlo en el año 323 a.C. Y en el 321 a.C., sus hombres detuvieron el cortejo fúnebre de Alejandro Magno, camino de Macedonia, para llevarse el cuerpo embalsamado a Egipto, donde acabó en una tumba construida expresamente para él en Alejandría. El propio Ptolomeo escribió una prolija historia de las campañas de Alejandro que contribuyó a dibujar el mito del conquistador como más convenía a sus propias ambiciones.

Ptolomeo empezó teniendo relativamente pocos soldados. Él y sus sucesores alentaron a los inmigrantes griegos y macedonios a asentarse en Egipto. Alejandría, con sus leyes inspiradas en Atenas, fue desde sus inicios una ciudad con vocación claramente griega. Los mercenarios luchaban sólo por la paga y no eran totalmente de fiar: era fácil que cambiaran de bando si la campaña se volvía en su contra. Por eso los Ptolomeos concedieron a sus soldados parcelas de tierra, llamadas cleruquías, a fin de integrarlos en el nuevo régimen; no era una idea nueva, pero se acometió con rapidez y generosidad. Los oficiales recibían más que los soldados rasos, la caballería más que la infantería. El producto de esas granjas se gravaba, pero la principal obligación de los colonos o clerucos era servir en el ejército del rey. Al menos una vez ocurrió que soldados de Ptolomeo apresados por un caudillo rival renunciaron a desertar y pasarse al enemigo, prefiriendo seguir cautivos con tal de no perder la esperanza de poder regresar a Egipto: es un caso muy poco habitual.<sup>10</sup>

En el siglo III la población de Egipto probablemente alcanzaba los 7 millones de habitantes, de los cuales aproximadamente medio millón vivían en Alejandría. Tal vez alguna otra ciudad, como Menfis, fuera diez veces menor, y la mayoría eran aún más pequeñas: los Ptolomeos no fueron tan proclives como otros sucesores de Alejandro Magno a fundar ciudades; la mayoría de la gente vivía en pueblos, más convenientes para alojar a mano de obra agrícola. El Delta y el Valle del Nilo no dejaron de estar densamente poblados. Al oeste, los Ptolomeos también crearon El Fayum, e instalaron sistemas de irrigación alrededor del lago Moeris y otros lugares, posibilitando así la agricultura. Allí se establecieron muchas cleruquías y también grandes fincas arrendadas a griegos prominentes y acaudalados. Esto trajo al país una tercera zona muy poblada, cuyo desarrollo tuvo la ventaja de aumentar la magnitud de la cosecha, gravada por

los reyes, que era a la vez una forma de recompensar a sus soldados y seguidores sin tener que desahuciar de su tierra a una gran cantidad de egipcios.<sup>11</sup>

La abrumadora mayoría de la población de Egipto siguió siendo rural bajo los Ptolomeos; también era mayoritariamente egipcia. Incluso en las cleruquías, casi todo el trabajo duro del campo lo hacían egipcios, pues había muy pocos esclavos fuera de Alejandría. Muchos clerucos arrendaban parte de su tierra, o toda, a otros agricultores. El servicio militar les obligaba a ausentarse de ella, y con el tiempo buena parte acabó viviendo de las rentas.

Los griegos nunca dejaron de ser una pequeña minoría durante todo el reinado ptolemaico. Aunque era claramente imposible que los dos colectivos vivieran separados por completo, apenas ninguna palabra egipcia pasó al griego, y llama la atención lo aisladas entre sí que permanecieron ambas culturas a lo largo de los siglos. Había dos códigos legales diferenciados, el griego y el egipcio, cada uno con sus magistrados y tribunales; si les beneficiaba más, los súbditos de un colectivo podían decidir que determinados aspectos de su vida se regularan por el otro código legal: la ley egipcia otorgaba bastantes más derechos a las mujeres, y muchas familias griegas se sirvieron de ella para que sus hijas heredaran propiedades. En un papiro de los albores del siglo I a.C. (por tanto, más de doscientos años posterior al momento en que Ptolomeo I se hizo con el control de Egipto) se conserva el testamento de un soldado egipcio al servicio de los Ptolomeos; escrito en demótico —la escritura alfabética, no jeroglífica, del idioma egipcio—, su formato y estilo son, no obstante, griegos en todos los aspectos. En la mayoría de los casos la legislación griega era la predominante, sin que hubiera ningún intento de fundir ambos sistemas legales.<sup>12</sup>

Había muchos egipcios ricos e influyentes. Igual que Alejandro, los Ptolomeos asumieron la función religiosa de los faraones: nominalmente, y a veces incluso en persona, oficiaban los ritos religiosos necesarios para que el orden prevaleciera sobre el caos y el ciclo natural se perpetuara. La dinastía dedicó mucho dinero a los templos: muchos de los templos más monumentales que hoy pueden verse en Egipto fueron totalmente restaurados o construidos por los Ptolomeos. Además, cedieron grandes fincas a ciertos templos para el mantenimiento de los cultos. Los sacerdotes

gozaban de una posición de gran relieve y actuaban como jueces en los asuntos concernientes a la legislación egipcia.

Otros egipcios trabajaban en la burocracia real: grande y compleja, su función principal era recaudar impuestos. Una parte de la cosecha tribuaba y también había gravámenes en metálico; incluso el producto de las tierras adscritas a los cultos religiosos pasaba por las manos de la burocracia real. Nunca había suficientes griegos como para cubrir todos los puestos de escriba y funcionario que se requerían y, más concretamente, nunca había bastantes que hablaran el idioma nativo; de ahí la fuerte presencia egipcia en todos los peldaños de la administración y, al cabo del tiempo, también en el ejército. Aparte de su idioma, muchos egipcios sabían leer y escribir el griego, y a menudo adoptaban nombres griegos para ciertas facetas de su vida mientras mantenían el egipcio en otros ámbitos.

Un ejemplo es Menches o Asclepiades, que fue escriba de una aldea a finales del siglo II a.C. Un funcionario de ese peldaño de la administración tenía que hablar con fluidez ambos idiomas: en calidad de funcionario, siempre se le llama Menches, quizá porque casi todo el tiempo trataba con egipcios; pero en uno de los textos afirma con orgullo ser «un griego nacido en esta tierra». Desde el punto de vista étnico, parece ser que era predominantemente egipcio —quizá completamente—, pero saber griego le procuró un estatus especial, a él y a su familia; era en muchos aspectos tanto una cuestión de clase como de raza.<sup>13</sup>

En el Egipto ptolemaico había algunos griegos pobres y bastante más egipcios acomodados, que en su mayor parte adoptaban aspectos de la cultura griega, y sin duda usaban el idioma, al menos en el desempeño de sus funciones públicas. Pero la mayoría de los egipcios no eran especialmente ricos y trabajaban el campo; algunos poseían tierras o las arrendaban, pero casi todos eran braceros que cobraban en especie, como había sido durante toda la historia de Egipto. No parece que los Ptolomeos fueran más brutales que regímenes anteriores explotando a la mano de obra; y es posible que en un principio fueran más eficientes, pues sin duda ampliaron considerablemente la superficie cultivada.

Había casos particulares de quienes se desenvolvían en ambas colectividades y, con el paso de los años, se dio algún matrimonio mixto. Pero aun así, se mantuvo la segregación entre las poblaciones griega y egipcia. Los griegos dominaban, pero no podrían haber gobernado Egipto ni

haberse beneficiado de ello sin la conformidad y la ayuda de muchos egipcios que también obtenían ventajas del régimen. La religión egipcia requería un faraón para preservar la *Maat*. Los reyes persas habían adoptado nominalmente ese papel durante los años de ocupación, y los Ptolomeos los relevaron: mantenían los templos, cuyos sacerdotes celebraban todos los rituales precisos para contener a las fuerzas del caos. Pero los Ptolomeos fueron ante todo reyes griegos y siempre albergaron ambiciones territoriales fuera de Egipto, en el antiguo imperio de Alejandro. Nada indica que se consideraran otra cosa que griegos y, concretamente, macedonios. Tres siglos gobernando Egipto no cambiaron esto.

